



## LA VÍA CHILENA AL SOCIALISMO A TRAVÉS DEL RELATO TESTIMONIAL

**Julia Rosemberg  
Luciana Rosende<sup>1</sup>**

### **Resumen**

*Tomando como eje de análisis los años de la Unidad Popular, hasta el golpe de 1973, se intenta destacar la importancia y la necesidad del relato testimonial en el tratamiento de la historia reciente. Para ello se emplean a modo de ejemplo tres fuentes, por sus características singulares de producción y/o narración: el documental La batalla de Chile, un estudio de caso basado en testimonios de la población de La Legua y el libro-diario escrito por Touraine como producto de su experiencia presencial en Chile en la época en cuestión. Se enfatiza que el abordaje del relato testimonial de distinto tipo debe continuar con el objetivo de ampliar y complejizar el tratamiento de la historia y la construcción de la memoria en torno al pasado reciente chileno y latinoamericano en general.*

### **Palabras clave**

*Testimonio - Unidad Popular - historia reciente - sociedad civil - experiencia - fuentes*

### **Nota preliminar**

El presente artículo fue producido para la materia Historia de América III de la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En la cursada se abordan los principales hechos y debates del último siglo latinoamericano, entre ellos las dictaduras del Cono Sur. En ese contexto, las autoras elegimos trabajar el caso chileno ya que la disposición de fuentes nos permitía abordar de manera particular el vínculo entre el estudio de la historia reciente y el testimonio, aspecto que elegimos tomar como eje. No se trata de un análisis pormenorizado o un relato fáctico sobre la historia reciente chilena, sino de una primera mirada a través de tres tipos de fuentes. Es sólo un abordaje entre muchos posibles y esperamos constituya un aporte para un análisis que sigue y seguirá abierto.

### **Introducción: una mirada sobre la sociedad civil en la vía chilena al socialismo**

Pensar acerca del pasado reciente siempre es una tarea compleja. En el caso chileno esto cristalizó claramente en el trigésimo aniversario del golpe de Estado perpetrado por Augusto Pinochet en septiembre de 1973. Fue alrededor de esa conmemoración que surgieron nuevas interrogantes, visiones y planteamientos acerca de lo acontecido en los últimos años en la sociedad chilena. Un relato que parecía ya consolidado, que tendía a una imagen concluida de todo lo acontecido, comenzó a tambalear, dando lugar a nuevas posibles intervenciones sobre el pasado; colocando a la historia y sus interpretaciones como campo de la lucha, del conflicto.

Los relatos que mayor consenso habían tenido –al menos en cierto sector de la sociedad– desde la vuelta de la democracia chilena, en los años noventa, eran aquellos impulsados desde el Estado y los medios de comunicación, que tenían el objetivo de constituir una suerte de “sentido común”, que favoreciera la reconciliación entre los chilenos. Así, la historia del pasado reciente era

<sup>1</sup> Estudiantes de Historia, Universidad de Buenos Aires, Argentina.



la de un “empate histórico y moral”, en el que la mayor parte de la sociedad se habría equivocado, fundamentalmente en la radicalización ideológica; error que –siguiendo ese razonamiento- habría llevado a los chilenos a una confrontación sin salida, impulsando a los militares a intervenir en el gobierno. Uno de los problemas que conlleva esa visión es que iguala los males acontecidos en la historia chilena, responsabilizando únicamente a los militares –sólo en menor medida a la derecha civil- y a la izquierda política. Si bien con algunas variaciones, aquí parecería reproducirse la teoría de los dos demonios que tuvo lugar en la transición democrática argentina, que ponía el mayor acento de la responsabilidad de lo ocurrido en dos sujetos claramente delimitados: los militares y la izquierda. De esta manera, la sociedad civil queda liberada de toda culpa<sup>2</sup>.

Por otro lado, según Peter Winn, visiones de este tipo fueron las que instalaron en la memoria chilena al golpe en tanto necesario y salvador de la inminencia de una guerra entre dos bandos. Este autor plantea que en los últimos años hubo ciertos acontecimientos –la detención de Pinochet en 1998, los 30 años del golpe en 2003- que permitieron comenzar a repensar tanto los años de dictadura como los previos. Winn interpreta el “olvido” en torno al gobierno de Salvador Allende en el marco de la Concertación de los años 90: “Igualmente sorprendente fue la ruptura del muro de silencio en torno de la época de la Unidad Popular que, según sostengo desde hace mucho, ha sido la verdadera ‘memoria prohibida’ de la Concertación, alianza de quienes fueron enemigos durante esos años –los socialistas y los demócrata cristianos- en la coalición gobernante de la década de 1990”<sup>3</sup>.

Uno de los signos de apertura hacia nuevos interrogantes surgidos a partir de 2003 fue la reaparición de la figura de Allende, hasta entonces algo silenciada. Esto significó un giro, ya que no podía dejar de admitirse que fue un presidente democráticamente elegido, con todo lo que esto significa. Sin embargo, esta reaparición fue rápidamente encarrilada hacia un reconocimiento en tanto héroe o mártir; es decir que se fomentaba la figura del líder, pero solitario, sin bases, sin los movimientos populares que lo sustentaban y que lo hicieron ser lo que fue.

Otro de los problemas que trae este tipo de discursos impuestos es que escapan al análisis propiamente histórico, limitan los campos de debate y, sobre todo, invisibilizan a los sectores populares. Así, los que fueron protagonistas del gobierno de la Unidad Popular son dejados de lado, se les debilita su papel y su experiencia. Pero al quitarles peso a los movimientos sociales populares chilenos de los primeros años de los ´70 se está ocultando y distorsionando el pasado: estos movimientos no sólo fueron los protagonistas de los cambios de la sociedad chilena de esos años, sino que además (y consecuentemente) fueron la principal víctima de los ataques de la dictadura pinochetista. El objetivo de este trabajo es analizar el lugar que ocupó la experiencia de la sociedad civil en la denominada vía chilena hacia el socialismo, con el fin de lograr una mayor visibilidad acerca de estos sujetos cuyo papel en los acontecimientos fue relegado a través del tiempo. Para ello situamos el foco en el campo del relato testimonial.

<sup>2</sup> Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Ediciones Colihue, Buenos Aires, 2001.

<sup>3</sup> Winn, Peter, *El pasado está presente, Historia y memoria en el Chile contemporáneo*, Disponible desde Internet en [http://www.historizarelpasadovivo.cl/es\\_resultado\\_textos.php?categoria=Chile%3A+los+caminos+de+la+historia+y+la+memoria&titulo=El+pasado+est+%E1+presente.+Historia+y+memoria+en+el+Chile+contempor%E1neo](http://www.historizarelpasadovivo.cl/es_resultado_textos.php?categoria=Chile%3A+los+caminos+de+la+historia+y+la+memoria&titulo=El+pasado+est+%E1+presente.+Historia+y+memoria+en+el+Chile+contempor%E1neo) (10-9-2009)



Esa mayor visibilización de los sujetos, de los actores abarcados dentro del concepto de sociedad civil, incluye también a los sectores opositores, englobados bajo el término de derecha. Es que sólo la inclusión en el análisis de esa importante porción de la sociedad que se mostraba opuesta a Allende y con objetivos completamente contrarios a los que defendían los sectores populares permite dar cuenta y comprender el final de la Unidad Popular y el proceso que se inició con el golpe de 1973. En este sentido, F. Mires plantea que recuperar el lugar de los años de la UP como objeto de estudio no implica idealizar ese período, sino analizarlo con sus límites y contradicciones internas, para entender el después: “Si, impactados por el horror que produce el inventario criminal que acompaña a Pinochet y a los suyos, construimos una infancia nacional pre-dictadura, donde todos, menos los militares, éramos democráticos, nunca podremos saber por qué el golpe que tuvo lugar en 1973 fue posible”<sup>4</sup>.

### **Fuentes que hablan: la importancia de los testimonios en el estudio de sucesos de la historia reciente**

“Será necesario interrogar a los hombres que, compartiendo muchas de nuestras inquietudes actuales, nos precedieron. A esos viejos y anónimos dirigentes obreros. A esas organizaciones que echaron las bases y luego dieron fuerza y consistencia al movimiento sindical. A esas acciones que, desde el pueblo, fueron cambiando el rumbo de la historia”, escribieron Pedro Milos y Mario Garcés<sup>5</sup>. Es precisamente el testimonio que resulta de esas interrogaciones a los protagonistas lo que consideramos constituye la principal fuente a la hora de analizar fragmentos de la historia reciente. Esto es más necesario aún teniendo en cuenta que plantemos la importancia de recuperar o sacar a la luz las voces de los distintos sectores de la sociedad civil chilena, más allá de las autoridades gubernamentales, los dirigentes de las agrupaciones sectoriales y los líderes opositores. Justamente porque se trata de historia reciente, sobre la que aún no se ha cerrado un relato definitivo, acabado y conclusivo, es que todavía es factible hacer intervenciones sobre esas narraciones, y esto es posible a través de los testimonios, que expresan “no sólo la percepción de un testigo sobre una experiencia vivida, sino la mirada, los discursos y las expectativas de su sociedad en el momento en que es formulado”<sup>6</sup>.

Es en las fuentes testimoniales donde se pueden encontrar esas expresiones no reflejadas por los documentos, discursos oficiales, programas partidarios, relatos de historia fáctica (no por ello menos necesaria para el abordaje del período). En el caso chileno en particular, consideramos que es a partir de esta clase de fuente que puede echarse luz sobre las contradicciones y las distintas miradas que en la época que se analiza tenían los actores, algo que se dejó en el olvido cuando se instaló la visión de una sociedad polarizada en la que sólo un fin drástico como el golpe de Estado podía poner fin al conflicto y evitar el despertar de una guerra civil. Así, a través de los testimonios se puede dar cuenta del apoyo y el rechazo generados en torno a la figura de Allende,

<sup>4</sup> Mires, Fernando, *Chile. Rompiendo el silencio*. ALAI, 1998. Disponible desde Internet en [http://www.archivochile.org/Historia\\_de\\_Chile/otros\\_artic/HCHotrosart0004.pdf](http://www.archivochile.org/Historia_de_Chile/otros_artic/HCHotrosart0004.pdf). (10-9-2009)

<sup>5</sup> Citado en “*Construyendo ‘Poder Popular’. El movimiento sindical, la CUT y las luchas obreras en el período de la Unidad Popular*”, p. 81, por Franck Gaudichaud. *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, Julio Pinto Vallejos (coordinador-editor), LOM, 2005.

<sup>6</sup> Wieviorka, Annette, *La era del testigo*, en Marina Franco y Florencia Levín (compiladoras) *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Paidós, Buenos aires, 2007, p.46



pero también de las vivencias diarias bajo el gobierno de la Unidad Popular, de las sensaciones que generaba en los trabajadores el hecho de gestionar ellos mismos sus propias fábricas, así como del terror que esta situación provocaba en otro sector de la sociedad, en cuyo discurso aparecen las figuras del “marxismo” y el “comunismo” como factores temerarios a los que había que eliminar de raíz y a toda costa.

Para dar cuenta de estas distintas realidades que constituían la realidad chilena entre 1970 y 1973, elegimos basarnos en tres fuentes en las que están contenidos estos testimonios a los que apuntamos como necesarios a la hora de recuperar el pasado reciente chileno en todas sus dimensiones: *La batalla de Chile*, el documental que Patricio Guzmán filmó y editó en el mismo momento en que se vivían los acontecimientos, y el artículo *Historia y memoria del 11 de septiembre de 1973 en la población La Legua de Santiago de Chile*, compuesto en base a testimonios recabados tres décadas después de estos sucesos, entre los propios protagonistas. La tercera, el libro-diario de Alain Touraine, *Vida y muerte del Chile popular*, tiene características diferentes, pero nos interesó incluirla por el modo singular en el que fue construido el testimonio y porque, también, fue producido por un testigo presencial de los acontecimientos. Es a través de la selección de estas fuentes que pretendemos introducir en el análisis las voces de los distintos actores, dejando planteada la necesidad de que más voces sean escuchadas e incluidas a los sucesivos análisis sobre este período de la historia reciente chilena, teniendo en cuenta que aún es posible encontrar actores que hayan vivido en carne propia la experiencia que se relata, en lo que constituye una de las definiciones sobre lo que debe considerarse como específico de la historia reciente<sup>7</sup>.

No se trata, creemos, o no sólo, de la recopilación de más información sobre el período que se analiza al recabar más y más testimonios, sino de indagar sobre lo que por mucho tiempo no fue indagado, intentar que sea dicho lo no dicho hasta ahora, por los silencios impuestos primero y por los intentos reconciliadores después. Porque tratar de dar cuenta de lo que no se podía o quería decir también forma parte de la historización de un proceso. Se trata de adoptar la concepción que Michel Foucault tiene sobre el archivo, al que ve no como “el conjunto de textos recuperados de una época sino la colección de reglas que en un tiempo y lugar definen sobre qué se puede hablar, cuáles son los discursos posibles y cuáles los excluidos, quiénes son los sujetos autorizados a hacerlos circular y a través de qué canales”<sup>8</sup>.

El escaso análisis sobre los años de la Unidad Popular en relación a la sociedad civil y por lo tanto el poco recurso a la fuente testimonial sobre esos años (al menos hasta el trigésimo aniversario del golpe, que marca un punto de inflexión en ese sentido) tienen que ver tanto con lo problemática que resulta la discusión sobre ese período en el presente como con una visión tradicional académica que privilegia las fuentes escritas y formales por sobre los testimonios y las vivencias personales, que considera necesaria una mayor separación temporal para analizar históricamente un período del pasado nacional. Lo que está en juego, creemos, es la aceptación de que el pasado no está cerrado y que sus ecos aún repercuten en el presente. Y allí reside el aspecto

<sup>7</sup> “La supervivencia de actores y protagonistas del pasado en condiciones de brindar sus testimonios al historiador” es uno de los aspectos que Marina Franco y Florencia Levín tienen en cuenta a la hora de conceptualizar la historia reciente, en el marco de un debate donde se discute qué período puede ser considerado bajo ese marco y cómo se hace historia a partir del pasado cercano. Marina Franco y Florencia Levín (compiladoras), *Op. Cit.*, p. 33

<sup>8</sup> Citado en Oberti, Alejandra y Pittaluga, Roberto, *Memorias en montaje*. El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 2006.



controversial, teniendo en cuenta que solo hace un lustro -hacia el trigésimo aniversario del golpe- comenzó a enfatizarse la necesidad de discutir y repensar el período que va desde 1970 hasta 1990. En ese repensar deben hacerse oír las fuentes testimoniales, cuya importancia “no reside tanto en su ‘adherencia al hecho’ como en su alejamiento del mismo, cuando afloran la imaginación, el simbolismo y el deseo”<sup>9</sup>. Es decir que las fuentes basadas en memorias individuales ponen en contacto al investigador con subjetividades y percepciones sobre experiencias a las que no podría acceder de otro modo.

Además, hay que tener en cuenta que por tratarse de un período reciente y por involucrar aspectos muchas veces intencionalmente ocultados y silenciados, el testimonio oral se vuelve en ocasiones el único recurso del que se dispone para el análisis. Así lo plantea el investigador de los sucesos en la población de La Legua: “Los documentos son escasos y de difícil acceso; la prensa, controlada por los militares, ha omitido la información sobre estos hechos, y las dictaduras, en general, niegan la existencia de archivos de la represión. Por tanto, fue fundamental recurrir al testimonio de los que sobrevivieron o fueron testigos de algunos de los acontecimientos que logramos reconstruir”<sup>10</sup>.

### **La batalla de Chile: a través del documental, la sociedad testimonia en su tiempo presente**

Este documental, dirigido y guionado por Patricio Guzmán, consta de tres partes (I- *La insurrección de la burguesía*, II- *El golpe de Estado*, III- *El poder popular*) en las que se narra el último año del gobierno de Allende, hasta el bombardeo de La Moneda. El golpe del 11 de septiembre generó un corte en la propia filmación, hasta entonces ininterrumpida. De esta manera, el film resulta un portavoz del sueño de la UP.

Como analiza N. Richard, una de las particularidades de este film es que genera un cruce entre acontecimiento y testimonio, en donde la cámara intenta registrar todo lo que la rodea, sabiéndose testigo de un momento que será irrepetible. Esta cámara-testigo tiene las intenciones propias del documentalismo, las del efecto-verdad, que a través de las imágenes producen en el espectador una sensación de cercanía con respecto a los acontecimientos. El modo en que aquí se organiza el relato se diferencia de los relatos convencionales, no sólo con los contemporáneos al propio film, sino en relación a los que vinieron después. Las estrategias fílmicas utilizadas, las superposiciones de planos y testimonios, la discontinuidad en lo temporal pretenden no sólo reflejar lo complejo e intenso de la situación que se vive, sino que además hay que pensar a esta fuente como un elemento que es creado con intenciones de intervenir en los procesos que se estaban desatando. Así, hay una voluntad explícita de no cerrar un relato, no monopolizar la verdad, de no generar linealidades conclusivas ni brindar resoluciones, sino todo lo contrario, hacer manifiesto el conflicto.

Uno de los modos que tiene esta película de expresar esto es haciendo que la realidad se muestre siempre hablada por alguien, debatida y rebatida por varios, indagada y cuestionada por una oratoria de multitudes. La cámara registra la cotidianeidad del gobierno de la UP, la experiencia

<sup>9</sup> Marina Franco y Florencia Levín (compiladoras), *Op. Cit.*, p. 43.

<sup>10</sup> Garcés, Mario, *El golpe en La Legua. Los caminos de la historia y la memoria*, LOM, Santiago de Chile, 2005.



diaria de los chilenos por esos años, a través de una amplia pluralidad de voces, en donde la que queda imbricada es toda la sociedad, ya que los que allí dan testimonio (ya sea a través de la entrevista o de la captación de expresiones espontáneas) no son personas seleccionadas particularmente, sino que hay un intento de reflejar una totalidad conflictiva y forcejeada. Es la sociedad chilena entera la que aparece radicalizada y tomando posición, tanto los que apoyan a la UP como los más fervientes opositores son protagonistas de un momento de efervescencia política.

De este modo este documental se propone narrar el último año del gobierno de la UP como un período en el que se exagera el “diálogo de contrarios” entre las dos fuerzas antagónicas que sostienen la tensión dramática del relato de Guzmán sobre la experiencia de la revolución socialista: por un lado, la insurrección de la burguesía, y por otro, el poder popular. Pero esto lo hace sin caer en rígidas identificaciones, eludiendo los esquematismos en la oposición de los puntos de vistas, e indaga con la misma complejidad el debate interno de la UP y el combate entre la izquierda y la derecha.

Uno de los elementos más interesantes y disruptivos de esta película es su intento por desestabilizar la noción de completitud histórica en que se basan los relatos falsamente unificadores de las historias ideologizadas. En este sentido, puede pensarse que este film va en contra de la mayoría de las visiones impuestas posteriormente sobre lo acontecido en esos años. Esta ruptura es generada entre otras cosas a partir de herramientas propias del lenguaje cinematográfico. Una de estas estrategias fílmicas utilizadas es la de la descentralización de los puntos de vista que un relato ideológico-militante hubiese querido sujetar linealmente a algún esquematismo, y en cambio favorece la simultaneidad disjunta de lo parcial y lo fragmentario, así como la no jerarquía de lugares y personajes. De este modo no hay en toda la película un único escenario privilegiado, y se evita que la figura central del presidente Allende desplace a los actores secundarios. Todos los individuos comparten en este documental por igual el derecho a la palabra y se lo reparten entre todos, plasmando así una horizontalidad que quiere evitar un enunciado superior. Tienen tanta validez las palabras de Allende (con discursos como: “Si comprendemos que en esta hora lo primordial, lo básico, es afianzar el gobierno en lo político y conquistar los instrumentos haciendo que haya permeabilidad institucional, para que entiendan los opositores que no pueden negarle a un gobierno lo esencial para poder vivir en defensa de Chile frente a una realidad económica que no emana de los errores cometidos por nosotros -sin negar lo que hayamos cometido- sino por los factores internacionales y nacionales que pesan sobre todo cuando un gobierno como el nuestro se enfrenta con el imperialismo, con la oligarquía terrateniente”<sup>11</sup>) como las de un trabajador anónimo expresando que “creemos que es una lucha justa la que se está dando en este momento. Venimos a defender la posición de todos los trabajadores a través de estos movimientos. No queremos que por un grupo de privilegiados, como son los mineros de El Teniente, este gobierno vaya a tener problemas. Todo lo contrario, nosotros vamos a defender la posición de este gobierno hasta las últimas consecuencias”<sup>12</sup>.

Al dar lugar en el film a todos los actores, se incluye también el papel de la derecha civil (a través de testimonios como el de una mujer que, indignada, manifiesta su rechazo al régimen: “Que

<sup>11</sup> *La batalla de Chile*, documental dirigido por Patricio Guzmán, 1973.

<sup>12</sup> Ídem.



se enfrente constitucionalmente al presidente y que lo saquen el 21 de marzo mismo [de 1973, fecha de las elecciones legislativas], porque tiene destruido y molido [...] este es un gobierno corrompido y degenerado, inmundo, comunistas asquerosos, tienen que salir todos de Chile. El 21 de marzo tendremos gracias a Dios el gobierno más limpio y lindo que hayamos tenido, ganando por la democracia y sacando a esos comunistas podridos, malditos sean...”<sup>13</sup>); un papel poco incluido en los análisis tradicionales, más allá de las mínimas referencias a las señoras acomodadas golpeando cacerolas vacías. En *La batalla de Chile*, en cambio, representantes de todos los sectores se entrecruzan en la pantalla, reflejando la complejidad de una sociedad por completo revolucionada.

Otro de los recursos utilizados consiste en llevar a la cámara a examinar los momentos previos, los antecedentes que documentan la formación de los procesos que terminan mezclándose después en la acción. Hay un intento por generar micro-construcciones de los procesos, en los cuales se hagan explícitos los intereses en pugna, las disputas que podrían generar bifurcaciones en trayectos alternativos, “quebrando así la línea recta de los destinos programados desde el encuentro [...] entre la determinación de los hechos y las elecciones de la conciencia”<sup>14</sup>. Es decir que el documental no se restringe a retratar lo hasta ese entonces acontecido, sino que intenta hacer visibles las potencialidades y disyuntivas de sentido. Aquí nuevamente puede verse a la fuente como interventora en su contexto.

Es en los saltos temporales, en el recurso de insubordinación cronológica, y la desobediencia a los tiempos de las secuencias que generó Guzmán en la edición posterior del documental, que permite tener una visión de los años de la hegemonía de la UP no tan contaminada por los trágicos sucesos posteriores. Sucesos que además contribuirán luego a tapar o imponer un modo determinado de recordar las realidades reflejadas en *La batalla de Chile*.

### **El caso de La Legua: un reflejo de los alcances de la organización popular y la importancia de la descentralización de los acontecimientos**

Involucrar en el análisis de un determinado período las voces de todos los actores tiene que ver también con alejarse de los puntos en los que tradicionalmente se concentran los acontecimientos históricos. En este caso, salirse de los enfrentamientos en torno a La Moneda, ir más allá de la puja entre las Fuerzas Armadas y el Presidente. Así, el trabajo de M. Garcés da lugar a una visión descentralizada del proceso que abarca el fin de la Unidad Popular y el comienzo de la dictadura. Lo que se propone el autor es rescatar la memoria de un barrio santiaguino donde el 11 de septiembre de 1973, día del golpe, se vivió de manera particular, gracias a la resistencia que encararon los pobladores contra los carabineros.

La investigación es muy acotada: se concentra en el accionar de un pueblo en una única jornada. Sin embargo, a través del relato que se construye en base a testimonios de los pobladores (y sus descendientes), es posible dar cuenta de diversos factores acerca de los años de la Unidad Popular. Por un lado, la resistencia puesta en marcha por los trabajadores y pobladores de La Legua refleja que había cierto grado de organización más allá de los partidos (los testimonios hacen

<sup>13</sup> Ídem.

<sup>14</sup> Richard, Nelly, *Fracturas de la memoria*, Ediciones Siglo XXI, Buenos Aires, 2007.



referencia a que quienes participaron no eran solo los militantes: “Yo te digo, nunca lo hubiera esperado de cierta gente que ni siquiera era de izquierda, pero había una cosa como de conciencia de clase”<sup>15</sup>). Pero, a su vez, la experiencia de La Legua da cuenta de una organización frágil, en la que los actos de resistencia dependían en gran medida de la improvisación y de las decisiones tomadas colectivamente en las fábricas en el mismo momento en que se tenía noción de los hechos a nivel nacional (Garcés refleja cómo, en las fábricas, los trabajadores que optaron por no irse a sus casas al conocer la noticia del golpe fueron definiendo, sobre la marcha, cuáles eran los pasos a seguir). Es decir que a partir de la descripción de los sectores populares de La Legua se matiza la visión tradicional instalada en Chile durante la dictadura, según la cual la izquierda en su conjunto constituía un “bando” sólidamente organizado y fuertemente armado, que se enfrentaba a otro en lo que constituía una amenaza irresoluble de guerra en la que una de las partes vencería a costa de arrasar con la otra.

Por otra parte, el caso de La Legua permite llevar el análisis más allá de la jornada golpista y la resistencia organizada. Porque precisamente esa resistencia, por más débil e improvisada que haya sido, refleja el grado de movilización y organización colectiva que se había estado construyendo en los últimos tres años, bajo el gobierno de la Unidad Popular. Como prueba de ello pueden observarse la repartición de las pocas armas entre los presentes, la colaboración de los vecinos para esconder y dar alimentos a los involucrados: “Participa mucha gente cuando ve toda esta cosa activa, que vienen estos militantes, que viene esta columna y después del enfrentamiento mismo, la gente es muy solidaria, toman armas, digamos, los chicos mirando. [...] La población participó como en pleno, como abriéndoles las puertas a los compañeros, como ayudándolos, como haciéndoles cortadas para que entraran, una cosa así impresionante”<sup>16</sup>. Una experiencia así solo puede ser posible si se cuenta con un principio de organización, con una experiencia compartida acumulada. En La Legua –y en cualquier otro escenario similar en el Chile de principios de los ‘70– esa experiencia se había estado construyendo en el último tiempo, en la administración popular de las fábricas, en las acciones colectivas para vencer el desabastecimiento impuesto por el accionar de la derecha, en la conformación de Cordones Industriales, etc.

En otro artículo, el mismo autor da cuenta de ese alto nivel de participación de los sectores populares bajo la presidencia de Allende: construcción de poblaciones, transformaciones habitacionales, distribución de alimentos. Todo tenía que ver con lo mismo: años críticos desde el punto de vista del conflicto social, pero también años de gran actividad y creatividad para los trabajadores, años “democráticos desde el punto de vista de la experiencia y el protagonismo histórico alcanzado por los sectores populares, tanto de la ciudad como del campo”<sup>17</sup>.

Estas experiencias protagonizadas por los sectores populares, en La Legua y en el resto del país, pueden relacionarse con el concepto de “fiesta popular” empleado por el sociólogo Tomás Moulian. Utiliza esta expresión para referirse a una de las dimensiones de los procesos revolucionarios, en tanto se da una subversión de los órdenes y jerarquías de poder y se rompen tabúes simbólicos. “Cambia el tono y las modalidades del trato de obreros a gerentes, de criadas a

<sup>15</sup> Garcés, Mario, *Op. Cit.*

<sup>16</sup> Ídem.

<sup>17</sup> Garcés, Mario, “Construyendo ‘las poblaciones’: el movimiento de pobladores durante la Unidad Popular”, en Julio Pinto Vallejos (Coordinador) *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*. LOM. Santiago, 2005. P. 79.



señoras, de campesinos a patrones [...] Pero además de esa transgresión microsocia existía la otra, las ocupaciones de fábricas, sitios, que el gobierno aceptaba y legitimaba, incluso legalizaba. Eso representaba pasar el límite, amenazar el fundamento mismo del orden, porque constituía la burla al principio sacrosanto de la propiedad burguesa”<sup>18</sup>. Este análisis de la experiencia construida a partir de la vía chilena hacia el socialismo puede trasladarse al caso particular de La Legua, donde puede afirmarse que si esa “fiesta popular”, esa “subversión de los órdenes y jerarquías de poder” no se hubiera dado previamente, la resistencia colectiva no hubiera podido ponerse en marcha frente a la noticia del golpe, que de hecho implicaba que esa “fiesta” de poder popular llegaba a su fin.

### **El libro-diario de Alain Touraine: la experiencia se fusiona con el análisis**

Uno de los núcleos problemáticos que surgió en los últimos años, en el marco de la emergencia de nuevos interrogantes en torno a los años de la Unidad Popular, tiene que ver con las disidencias internas en la izquierda chilena que se daban especialmente a partir de 1972, cuando los acontecimientos exigían la determinación de si “consolidar o avanzar”<sup>19</sup> en ese proceso denominado vía chilena hacia el socialismo.

Este aspecto permanece abierto como debate historiográfico y es necesario continuar con las investigaciones para que pueda llegarse a nuevas instancias, que seguramente abrirán nuevos debates e interrogantes. Más allá de que la magnitud de este debate exceda los límites de este trabajo, sí nos interesa –en concordancia con el análisis hecho con las otras fuentes- indagar sobre cómo era vista esta vía chilena hacia el socialismo a través de una experiencia individual que pretende analizar los acontecimientos en el mismo momento en que suceden.

Con ese objetivo nos pareció adecuado utilizar el libro-diario de Alain Touraine, un sociólogo francés que vivió durante años en Chile y narró sus vivencias y percepciones desde julio hasta septiembre de 1973, siendo testigo de la movilización popular, el accionar de la derecha y, finalmente, el golpe. “Este diario mezcla las reacciones ante los acontecimientos y un análisis no sistemático pero continuo sobre las clases sociales y el Estado”<sup>20</sup>, escribiría una vez terminado su trabajo, al que realizó acotaciones posteriores a los hechos pero sin modificar sus primeras impresiones. Su visión nos parece comparable y diferenciable a la vez de las fuentes anteriormente presentadas, en tanto se trata de un protagonista del acontecer chileno bajo el gobierno de la Unidad Popular –reside allí en la época en cuestión- y a la vez testigo externo, con una mirada sociológica sobre lo que lo rodea.

Por tratarse de una descripción construida día a día, en tiempo presente, este libro-diario permite dar cuenta una vez más cuán visible era el grado de movilización alcanzado en los años de la Unidad Popular, tanto a nivel de los trabajadores, protagonistas como nunca antes, como por parte de la derecha, cuyos atentados y medidas para frenar la movilización popular aparecen permanentemente en el relato de Touraine.

<sup>18</sup> Julio Pinto Vallejos (coordinador-editor), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, LOM, 2005. Citado por Franck Gaudichaud, *Construyendo ‘Poder Popular’. El movimiento sindical, la CUT y las luchas obreras en el período de la Unidad Popular*, p. 88.

<sup>19</sup> Colom, Yolanda, *El poder popular en Chile: 1970-1973*, en Red Intercatedras de Historia de América Latina, Rosario, Nº 3, Septiembre 1999.

<sup>20</sup> Touraine, Alain, *Vida y muerte del Chile popular, Siglo XXI*, México, 1973.



A través de la descripción y análisis de los acontecimientos que lo rodean, el sociólogo sostiene que se da una cada vez mayor disociación entre “el movimiento popular y su expresión política”, en tanto la movilización social superaba los canales partidarios y político-institucionales. Lo que estaba a la vista en el momento era el alto grado de organización social de los sectores populares en su cotidianeidad, en las transformaciones habitacionales, en el abastecimiento de alimentos, en la gestión fabril. Es decir que para Touraine había un desfase entre las dos esferas, que habría llevado a un “debilitamiento relativo de los grandes partidos populares”, generándose así una doble situación, a la vez de autonomía y de debilitamiento, del centro de acción política. En este sentido, observa que el lugar donde radica el mayor nivel de conciencia de clase no coincide con el principal instrumento de acción política. Es este sujeto colectivo constituido por la movilización popular el que fue borrado o relegado del relato histórico impuesto en los años que siguieron al golpe.

Precisamente, la riqueza de esta fuente -tal como ocurre con el documental de Guzmán- es que al haber sido construida en el momento de los acontecimientos, antes que el discurso oficial anulara el papel de los sectores populares en este proceso, permite dar cuenta de la concepción que tenían los actores del proceso que estaban gestando: la vía chilena al socialismo. El autor hace explícito que la percepción de los trabajadores, a partir de la experiencia cotidiana, era la de estar viviendo cambios revolucionarios, la de estar avanzando por esa vía que llevaba hacia el socialismo. Esto era lo que se percibía en buena parte de la sociedad en esos años, mientras en paralelo, en las esferas dirigentes, aquellas que suelen tomarse como protagonistas únicas de los acontecimientos, comenzaban a darse los debates antes mencionados acerca del curso que debía tomar esta construcción. Podría pensarse en dos esferas (nunca del todo escindidas ni diferenciadas) del siguiente modo: mientras en los círculos dirigentes -del gobierno, de los partidos, de las organizaciones- se discutían los pasos a seguir, en la base se continuaba construyendo la cotidianeidad en torno al poder popular. Hasta que uno y otro, debate y participación, fueron interrumpidos por el golpe. Y en cierta medida borrados o apartados de la historia durante años.

### **Algunas consideraciones finales acerca del valor del relato testimonial en los análisis sobre la vía chilena al socialismo**

Tal como reflejan las distintas fuentes, todos los sectores de la sociedad civil tuvieron algún grado de participación en el devenir de los acontecimientos chilenos. Porque participar no era únicamente afiliarse a un partido político o emitir un voto en el cuarto oscuro. La participación se daba en lo cotidiano, en los esfuerzos colectivos por conseguir alimentos pese al desabastecimiento, en los reclamos y los logros en materia habitacional, en las discusiones que se daban en la calle. Todos y cada uno de los chilenos formaban parte, en tanto defensores o detractores, de la construcción de la vía chilena al socialismo.

En otro plano debe analizarse si su abrupto final constituyó un fracaso, a qué se debió, si se alcanzó dicho socialismo, etc. No pretendimos introducirnos en esos debates, inabarcables en estas líneas, sino resaltar la importancia de la experiencia de los sectores sociales cuyo protagonismo fue ocultado, como si la historia pudiera contarse teniendo como únicos protagonistas a Allende y las Fuerzas Armadas. Lo que sostenemos es que no se puede analizar ningún aspecto de la vía chilena



al socialismo sin involucrar a la sociedad civil en su conjunto, en tanto partícipe permanente y conciente del devenir de los acontecimientos.

Por otro lado, nos parece necesario recuperar esas voces tanto tiempo acalladas a la hora de construir la memoria sobre la historia reciente. Y en este plano, el de la memoria, una vez más destacamos la importancia del relato testimonial, en tanto “la memoria es una noción que atañe tanto a lo privado, es decir, a procesos y modalidades estrictamente individuales y subjetivos de vinculación con el pasado (y por ende con el presente y el futuro), como a la dimensión pública, colectiva e intersubjetiva”<sup>21</sup>.

En este entrecruzamiento de planos, de historia y memoria, de pasado y presente, deben analizarse los motivos por los cuales la sociedad civil (especialmente los sectores populares pero también la derecha civil) fue dejada de lado en la versión oficial tradicional impuesta y dominante en Chile hasta hace algunos años. En ese sentido, consideramos que ese “olvido” y las diversas interpretaciones sobre el pasado son parte de lo que Eric Hobsbawm llamó “invención de la tradición”<sup>22</sup>, es decir, la construcción de un pasado en torno al cual se determinan prácticas ritualizadas que hacen a la cohesión social de un grupo o comunidad. Si los años de la Unidad Popular quedaban en la memoria social chilena como años de “fiesta popular”, de “poder popular”, ¿qué invención de la tradición se hubiera hecho en torno a ese pasado? Definitivamente no una en la cual el golpe y los 17 años de dictadura aparecieran como necesarios y justificables para frenar el enfrentamiento entre dos bandos radicalizados.

La visión que se tiene sobre el pasado está condicionada desde el presente. En los últimos cinco años, ese presente ha llevado en Chile a la reelaboración de las interpretaciones sobre los años de la Unidad Popular y los de la larga dictadura que los sucedieron. Es el momento, entonces, de permitir que se alce la voz de los relatos testimoniales para comprender o dar lugar a nuevos interrogantes en torno a la vía chilena hacia el socialismo. Se trata, al fin y al cabo, de reparar la cadena de transmisión, violentamente resquebrajada: “Toda cultura está habitada por el deseo de transmitir a las futuras generaciones historias, tradiciones y creencias, dice Jacques Hassoun en *Los contrabandistas de la memoria*. Cada uno de nosotros, insiste, está inscripto en una genealogía; somos todos deudores de ese conjunto de objetos, que va desde hábitos a ideales, y que constituye el patrimonio de quienes nos han precedido. Pero, si es cierto que la transmisión es un imperativo social –un mecanismo de constitución y recreación permanente del lazo social– también es cierto que en los casos en que la sucesión entre las generaciones se ve alterada por la irrupción de violencias sociales y políticas que producen fracturas e incluso alteran la cadena de transmisión entre generaciones, ésta se vuelve más urgente y necesaria y se presenta como un trabajo, como una cuestión de la que debemos, socialmente, ocuparnos”<sup>23</sup>.

<sup>21</sup> Marina Franco y Florencia Levín (compiladoras), Op. Cit., p. 40.

<sup>22</sup> Marina Franco y Florencia Levín (compiladoras). Op. Cit., p. 43. Citado por Enzo Traverso, “Historia y memoria. Notas sobre un debate”, p. 68.

<sup>23</sup> Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga, Op. Cit.



## Bibliografía

- Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires, Colihue, 2001.
- Colom, Yolanda, “El poder popular en Chile: 1970-1973”, en Red Intercátedras de Historia de América Latina, Rosario, Nº 3, Septiembre 1999
- Franco, Marina y Florencia Levín (compilaoras), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Paidós, 2007.
- Garcés, Mario, *El golpe en La Legua. Los caminos de la historia y la memoria*. Santiago de Chile: LOM, 2005.
- Halperín Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, Madrid, 1998.
- Jelin, Elizabeth y D. Sempol, “El pasado en el futuro: los movimientos juveniles”, Bs. As., SXXI, 2006.
- Lechner, Norbert y Pedro Güell, “Construcción social de las memorias en la transición chilena”, en Elizabeth Jelin y Susana Kaufman (comps.), *Subjetividad y figuras de la memoria*, Buenos Aires, Siglo XXI Editora Iberoamericana, 2006.
- Mires, Fernando, “Chile. Rompiendo el silencio”. ALAI, 1998.
- Mires, Fernando, *La rebelión permanente*, Siglo XXI, 1998.
- Oberti, Alejandra y Roberto Pittalgua, *Memorias en montaje*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 2006.
- Pinto Vallejos, Julio (coordinador-editor), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, LOM, 2005.
- Revista La Biblioteca, “El archivo como enigma de la historia”, Bs. As. Verano de 2004, 2005, Nº 1.
- Richard, Nelly, *Fracturas de la memoria*, Bs. As., Siglo XXI, 2007.
- Touraine, Alain, *Vida y muerte del Chile popular*, Siglo XXI, 1973
- Winn, Peter, “El pasado está presente, Historia y memoria en el Chile contemporáneo”.